
LAURELES SANGRIENTOS

El Sargento Alfonso Ortiz

Entre las múltiples formas que reviste el deber militar, resplandecen las que abrillantan los actos meritorios realizados por un grupo de bizarros prisioneros, los cuales han sabido demostrar que, bajo los techos más menguados, puede mostrarse alta y erguida el alma de los buenos. Toda España conoce y celebra el nombre del Sargento Basallo, sus actos de abnegación fraternal en defensa y consuelo de los compañeros de infortunio, dignos son del mayor aplauso. Al mencionado Sargento debemos el conocer las nobilísimas acciones del Sargento del Regimiento mixto de Artillería de Melilla, Alfonso Ortiz Martínez, merecedoras ciertamente de ser publicadas y difundidas en nuestros Cuerpos armados, para emulación y orgullo de las bizarras clases que con tan alto espíritu coadyuvan y facilitan la labor constante de sus Oficiales, unidos siempre a ellos por estrechos vínculos de recíproca estimación.

Alfonso Ortiz Martínez servía en la sexta batería de Montaña del expresado Regimiento, y fué hecho prisionero en uno de los infinitos episodios del sombrío drama, en el cual dejamos pasar ocultos e inadvertidos tantos hechos dignos de ser guardados entre los que ilustran nuestras tradiciones militares.

Una vez cautivo, el Sargento Ortiz consagró sus esfuerzos a ser constante bienhechor de sus compañeros de infortunio, disputando para ellos mejoras en la alimentación escasa, cuidando a los enfermos, amparando a los más débiles.

Cubrían los campos del desastre centenares de cadáveres insepultos, pasto de alimañas. Ortiz solicita pasar con unos cuantos compañeros a Igueriben; construyó, con piadoso celo, un sepulcro, y dan tierra al Comandante Benítez, Capitán La Paz y Tenientes Bustamante y Nougués, juntamente con otros 400 cadáveres. Esta sepultura es cubierta

con una lápida, en la que se lee la fecha y el número de los sepultados. Jamás muestra Ortiz fatiga en la labor penosa de transportar los restos en plena descomposición.

El tifus, que causa estragos entre los mal alimentados prisioneros, es por él combatido con ejemplar solicitud; no le arredra el peligro del contagio, del cual fué, al cabo, víctima valerosa. Muchos deben al abnegado Sargento una vida, comprada al precio de la suya.

Pero no han sido estos actos de caridad los máspreciados entre los realizados por él. Los moros, dueños, por la traición, de un material de guerra que desconocen, tratan de utilizar los conocimientos de los artilleros cautivos, y piden voluntarios para tan innoble objeto. Es desconocer el espíritu de aquellos valientes, quienes se niegan, resueltos y unánimes a prestarse a tal infamia.

En este punto se distingue por su entereza el cabo David La Encina, quien, al ser compelido por Abd-el-Krim a ajustar un cierre de respeto a un cañón, le convence con maña de que ello es imposible por ser de número distinto uno y otro. Por negarse otra vez a explicar el aparato de puntería, es bárbaramente golpeado y preso en el cuarto donde guardan municiones de artillería. En él le exigen que les diga qué es y cómo funciona una espoleta; él dice que cree que es una bomba de mano. Irritado del engaño el moro Hamú, le golpea con un artefacto de esta clase, diciéndole:

—Esta es una bomba de mano, y no esa...

Al mismo cabo quiere el caudillo moro obligarle a disparar contra el campamento de Dar-Drius; niégase rotundamente a hacerlo, y, una vez en la presencia de aquél, a la pregunta:

—¿Sabes lo que te puede costar la desobediencia?

El valeroso cabo contesta:

—Sé que puede costarme la vida; pero que hagan lo que quieran, porque tirar contra mi Patria, no lo hago.

Abd-el-Krim les amenaza con enviar a todos los prisioneros, sin distinción de sexo ni edad, a la línea de fuego, para dedicarlos a la construcción de trincheras. A punto de realizarse disposición tan inhumana, el Sargento Ortiz, con tres artilleros más, finge acatar las órdenes del jefe moro, y una vez en su presencia, y con evidente desprecio de la vida, le manifiesta que nunca ni por ningún concepto realizará el menor acto que pueda hacerle aparecer como traidor a su Patria.

El astuto moro le asegura que solamente se trata de limpiar unos

cierres; simula Ortiz que accede a tal propósito, con el suyo firmísimo de inutilizar diestramente todos los cierres que le den a limpiar, aunque tenga que hacerlo en presencia de un centinela de vista. En efecto, burlando la vigilancia de éste, escamotea los percutores, inutilizando así definitivamente un considerable número de cañones. Peligrosa era la sustracción de aquellas piezas; pero no lo era menos el conservarlas en su poder, con riesgo inminente de sufrir muerte y tormento si el hallazgo de las mismas ponía en conocimiento de los moros su intención, para ellos tan dañosa.

No sabemos qué revela más animosa sangre fría, si el escamoteo de los percutores en las barbas del celoso centinela, o el guardar sobre sí pruebas tan comprometedoras, y cuyo descubrimiento hubiera acarreado horrible muerte al bravo Ortiz.

Trabajo cuesta comprender qué impulso le movió a conservar sobre su cuerpo tales percutores; acaso soñaba en reconstruir con ellos el cañón inutilizado, que su fe patriótica le hacía ver en breve plazo en manos, nuevamente, de sus dueños por fuero de conquista; tal vez quiso acreditar, con irrefutable testimonio, la hazaña oscura y provechosa, que convertía en masa inerte 18 cañones. Sólo al sentir que la muerte daba al pobre cautivo libertad gloriosa, descubrió su peligroso secreto, e hizo entrega de aquellos percutores al Sargento Basallo, quien recogió con ellos su último suspiro. Los prisioneros, por quienes dió su vida, rodeaban su lecho. Ante él velaba, silenciosa y doliente, la imagen de la Patria, para la cual ningún sacrificio queda oculto, y que besa con más amor la frente de los más humildes.

Acaso el héroe mismo no sospechó la grandeza de su abnegación. Los artilleros no la olvidaremos nunca.

(Del *Memorial de Artillería*.)

N. de la R.—Nuestro querido compañero, el Suboficial de Artillería, don Mariano Coscolla, ha tenido la feliz idea de enviarnos el anterior trabajo, lo que agradecemos sinceramente, para su publicación en VIDA MILITAR, contando previamente con la oportuna autorización; y esta Revista, que se honra mucho enalteciendo a los compañeros que en el cumplimiento del deber dan hermoso ejemplo, no puede dejar en silencio la conducta abnegada y heroica del Sargento Alfonso Ortiz, y la divulga entre los Suboficiales y Sargentos del Ejército, segura de proporcionarles una grata emoción de la que nazca el recuerdo imborrable de este compañero que, al dar la vida por la Patria, supo legarnos una página brillante para la historia de las clases de segunda categoría.